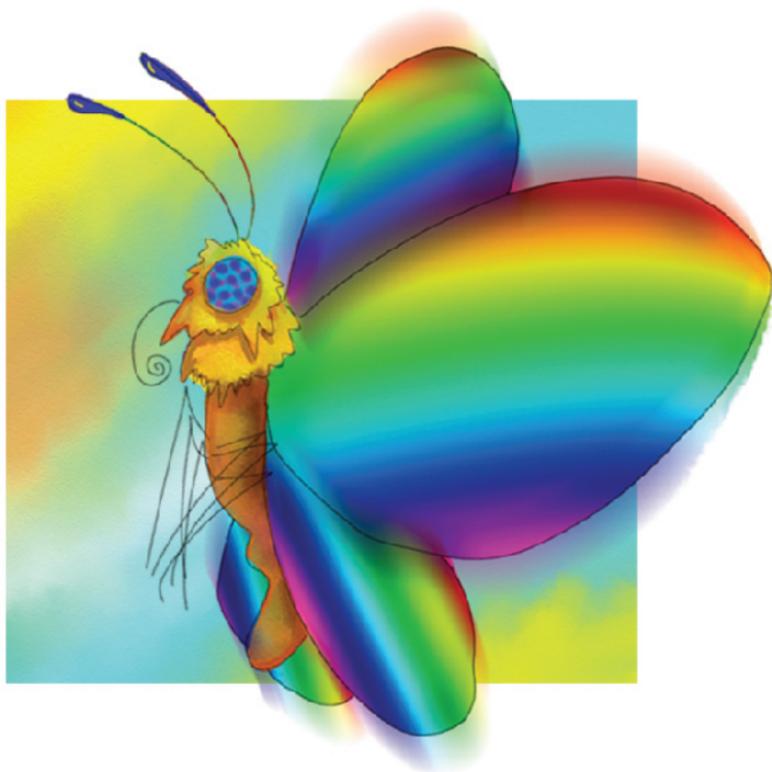


COLECCION  
VENEZUELA  
adentro

Omayra Bolívar



# Y Pascualina se comió el Arco Iris

NARRATIVA INFANTIL

República Bolivariana de Venezuela  
Fundación Editorial  
**elperroylarana**

Ilustrado por David Dávila

Y Pascualina se comió  
el Arco Iris

1.ª Edición digital, 2016

© Omayra Bolívar  
© Fundación Editorial El perro y la rana  
Centro Simón Bolívar  
Torre Norte, piso 21, El Silencio,  
Caracas - Venezuela, 1010.  
Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399.

#### Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com  
comunicacionesperroyrana@gmail.com

#### Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve  
www.mincultura.gob.ve

#### Redes sociales

Facebook: Editorial perro rana  
Twitter: @perroyranalibro

#### Diseño de la colección

Mónica Piscitelli  
Dileny Jiménez

#### Ilustraciones

© David Dávila

**Corrección:** Rosa Arévalo Orzero

**Diagramación:** David Dávila

Hecho el Depósito de Ley  
Depósito legal lfi40220168001328  
ISBN 978-980-14-3466-5

OMAYRA BOLÍVAR

# Y Pascualina se comió el Arco Iris

Ilustrado por David Dávila

*Mi nombre es Daryna...  
Soy Hada Madrina, que con mi Varita  
te abro ya las puertas de la fantasía.  
Cuando las atraviesas te encuentras los sueños,  
y lo que imaginas  
se torna en sonidos,  
vibrantes colores y dulces aromas.*

## **COLECCIÓN VENEZUELA ADENTRO**

La Fundación Editorial **El perro y la rana**, cumpliendo con su principio fundamental de masificar el acceso al libro, se ha propuesto, a través de la Colección Venezuela Adentro, elevar a nuestros autores locales o regionales a la categoría de nacionales, emprendiendo una grandiosa expedición. Sobre la base de títulos clave publicados anteriormente por el Sistema Nacional de Imprentas, estos libros van a reencontrarse con la esencia más pura de nuestro país, donde el arraigo, el sentido de pertenencia y la venezolanidad pasan de la oralidad a la letra impresa, plasmándose como eternos testigos del quehacer y sentimientos de hombres y mujeres, esencia vital de esta tierra. En la presente colección nos toparemos con la maravilla: los seres del río, de la montaña, de los llanos, de la costa, hombres y mujeres hechos de café, maíz, cacao, vientos marinos y esteros.

En Venezuela Adentro, **El perro y la rana**, de la mano con los creadores del país, quiere otorgarle un sentido más profundo a su labor, redimensionando la democratización del autor y del libro que se ha propuesto desde sus inicios.

Ya no es la visión de un territorio interpretado unilateral y mezquinamente por sus élites, sino la expresión del protagonismo de sus gentes a través de testimonios, historias, crónicas y tradiciones, sustrato de una nación que toma vuelo decisivo a través de estas páginas, expresando nuestra identidad en su sentido más orgánico y en toda su complejidad. Les invitamos a este maravilloso y sin igual recorrido, vayamos pues Venezuela Adentro.

**Fundación Editorial El perro y la rana**

*Yo,  
tu amiga Daryna,  
amo las montañas, cuido pajaritos,  
nado en las lagunas...  
que son encantadas.*

*Camina conmigo.  
Vamos de la mano  
para hacer de la Tierra un lugar mejor.*

*Dame tus manitas.  
Afina el oído.  
Oigamos las letras,  
que están susurrando,  
que ya es el momento  
de abrir esas puertas  
que nos llevan adentro...  
del mágico mundo de la fantasía.*



## Astro Sol

Había una vez un día... en que el Sol decidió tomarse unas vacaciones.

Se puso sus bermudas de pepitas de colores, sus sandalias, agarró su sombrilla, sus lentes para... ¿el sol?, y decidió irse de viaje a otra galaxia a tomar unos baños de playa en otro lugar del universo.

A medida que el Sol se iba alejando, la Tierra iba quedando sumergida en una gran oscuridad.

Los días se tornaron oscuros y las noches sin luna, porque como sabemos, la luz de la luna no es de ella, no es propia, es un regalo del Sol.

Solo a lo lejos, de noche, las estrellas titilaban, porque ellas fabrican su propia luz.

Una mañana en la ventana de su casa, un niño suspiraba y miraba hacia el jardín donde las flores comenzaban a perder poco a poco su color.

Las plantas, antes verdes, eran casi blancas y mustias. Además, todo el ambiente se estaba tornando frío... muy frío.

El niño pensaba qué podría idear para calentarse un poquito de nuevo.

Antes de irse el astro Sol de vacaciones, él oía que las personas siempre se quejaban por el maravilloso calor que él desprendía como un regalo para los habitantes de la Tierra. Ahora, era todo lo contrario, solicitaban información por todos los mares

galácticos, anhelando la finalización de su crucero vacacional. ¿Quién los entiende?

Una fría noche, nuestro amiguito, el niño, comenzó a pedirle a una estrellita, que titilaba muy lejos, que se acercara, que se acercara, que sirviera de lámpara de emergencia mientras el astro Sol estuviese de veraneo. Cuál sería su sorpresa cuando vio que poco a poco la estrella se acercaba y comenzaba a iluminar toda la calle donde se ubicaba la casa del amiguito.

Así pasaron los días y las plantas comenzaron a retomar su color verde habitual, las flores habían recuperado sus maravillosos amarillo, rojo, naranja... y las personas paseaban por las calles tomando calorcito.

Pero un día, la estrella llamó al niño y le dijo:

—Vas a tener que acompañarme a buscar gasolina a otra galaxia porque ya casi no puedo fabricar más luz, no tengo energía para darles —concluyó preocupada la generosa estrella.

Sin pensarlo mucho, el niño se sentó encima de la estrella y comenzaron a volar, a volar por el espacio sideral, en busca del combustible necesario para continuar dando calor y vida al planeta Tierra.

Se veían millones de puntos luminosos, pero hasta ahora ninguno igualaba la majestuosidad de la luz solar.

En ese momento, el niño se dio cuenta de la importancia de poseer un astro tan maravilloso como es el Sol, el cual nos regala su trabajo diario y los humanos no nos percatamos de su presencia y servicio. El astro Sol nos proporciona luz, alimento, vida; sin embargo, para la mayoría de las personas es como si no existiese, y si lo perciben, les molesta su calorcito.

Cuando el niño y la estrella, que se encontraba extenuada, volaban de regreso, desalentados por la búsqueda sin resultado alguno del combustible necesario para continuar dándole calor y luz a la Tierra; cuando vieron a lo lejos, desde el espacio, que la Tierra se veía congelada y que los polos se acercaban cada vez más uno al otro..., exclamaron: “¡¡¡UNA CATÁSTROFE!!!”

—¿Qué podremos hacer? —repetía el niño a la estrella amiga—. ¿Vamos a convertirnos todos en pedazos de hielo?

—No lo sé, amigo —decía la estrellita que casi no podía volar, cuando vieron a lo lejos un gran resplandor que se aproximaba cada vez más.

Era el astro Sol que, con un gran sombrero y sus lentes oscuros, regresaba a la Tierra después de un merecido descanso.

Se veía tostado, muy alegre.

El niño lo saludó diciendo:

—¡Oh!, amigo Sol, cómo te extrañamos. Espero que no vuelvas a tener vacaciones tan largas la próxima vez. La estrella amiga está totalmente agotada por darnos luz; tú eres incansable.

El Sol fuerte y vigoroso contestó:

—Gracias, amiguito, por tus palabras. No te preocupes, mientras yo exista la Tierra gozará de vida y color, porque yo seguiré dándole mi energía. Así es que queda muuuucho Sol para rato. Aquí vengo descansado y ¡CON LAS PILAS PUESTAS!





## Abby, la abeja exploradora

Allá, en las ramas de un pino, en un pequeño parque de una gran ciudad, se encontraba ubicada una productiva colmena donde vivía una abejita exploradora muy traviesa llamada Abby, que se estaba entrenando para buscar los sitios donde se encontrasen flores para recolectar el polen que se utiliza en la fabricación de la miel. Para ello, se levantaba muy temprano susurrando canciones y saludando a quien encontraba a su lado; pero el susurrante sonido ponía en alerta a las vecinas florales.

—¡Uy!, ¡Marga, Marga, allí viene esa abeja loca! —decían las exquisitas violetas escondiendo su cara entre los pétalos y previniendo a las hermosas margaritas.

Abby, alegre, revoloteaba y tocaba los pétalos de las flores que ya se encontraban despiertas, y con sus patitas, como una bailarina, esparcía el polen por todos lados e inmediatamente comenzaba a estornudar:

—¡Achús! ¡Achús!

¡Abby era alérgica al polen!

Las flores del parque se quejaban al verse envueltas en la nube dorada del revuelto polen:

—¡Oh, mi hermoso peinado ha desaparecido! Además, tendré que maquillarme de nuevo. ¡Todo por culpa de Abby!

Al terminar su jornada de trabajo, la abejita exploradora llegaba planeando, no volando, hasta la puerta de la colmena. Un día la abeja portera la regañó muy fuertemente diciéndole:

—¡De nuevo llegas hecha un desastre, cargada de todo tipo de polen! ¡Así no puedes seguir, Abby! ¡Te quedarás castigada mañana todo el día sin salir de la colmena! Serás la portera hasta nuevo aviso, mientras las otras abejas salen a explorar.

—¡Oh!, ¡no! Me gusta explorar... ¡ACHÚSSS! —decía triste la abejita.

—No sé qué vamos hacer contigo. Una abeja alérgica al polen, ¡habrase visto! —refunfuñaba la estricta portera.

A la mañana siguiente, cuando Abby cumplía con su castigo bostezando aburrida, oyó una voz proveniente de un hombre que se aproximaba hacia la colmena y sujetaba entre sus manos una gran sierra eléctrica.

—Este es el árbol que se debe derribar para que pase la nueva calle... Lo marcaré para cortarlo mañana —dijo el hombre alejándose.

—¡Oh! ¡No! ¡Tengo que dar esta horrible noticia a todas! ¡Tendremos que buscar dónde vivir! —decía Abby asustada.

Abby dio la noticia y de inmediato todas las abejas habitantes de la colmena comenzaron a volar por toda la ciudad en busca de un lugar adecuado para vivir, hasta que decidieron escoger el dintel de una ventana ubicada en el décimo piso de un moderno edificio, y afanosas comenzaron a construir su nuevo hogar.

La ventana pertenecía a la Oficina de Seguridad Vial, donde se encontraba el capitán Loreto. A él, que era el encargado de las campañas de educación para los conductores de automóviles, se le oía repetir:

“¿Cómo haré? No tengo personal que me ayude”.

Al oír el sonido y ver el enjambre, que ya daba los últimos toques a la colmena, exclamó:

—¡Llamaré de inmediato a los bomberos para que vengan a quitar esta colmena! ¡Lo que me faltaba!



Abby, al oír lo que aquel hombre haría, pensó:  
“Este sitio está protegido y nos sirve muy bien para vivir. No podemos estar del timbo al tambo... ¡Ahhh!, tengo una gran idea. Lo veo muy estresado. Hablaré con él”.

La abejita se acercó al escritorio del atareado capitán Loreto.

—Hola amigo, soy Abby.

El sorprendido oficial se le quedó mirando. Abby prosiguió:

—Le tengo una propuesta si nos deja vivir aquí.

—Bueno, bueno.

—Mire, yo puedo... susss... y podremos... susss.

—¡Ah!, buena idea —contestó el oficial—. ¿Cuándo comenzamos?

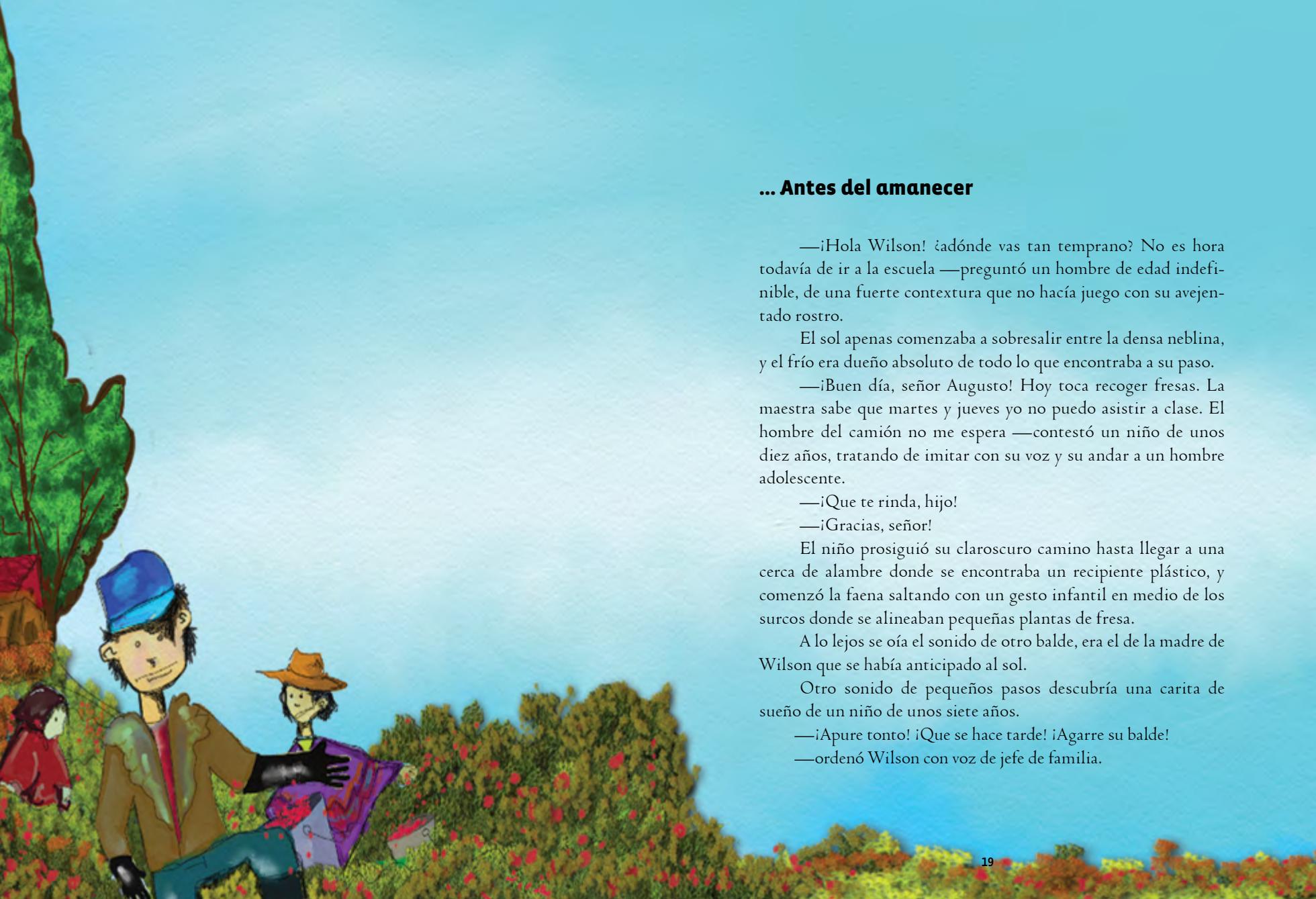
—Mañana mismo —dijo Abby.

La idea resultó en un acuerdo favorable para ambas partes, porque a cambio de permitir que la colmena se ubicara en ese lugar, Abby se ofreció a ayudar al capitán Loreto en las campañas educativas para los conductores, oficio en el que, además, no tiene que ponerse en contacto con el polen.

Ahora ella vuela y explora hacia donde se encuentren infractores viales, y con su sonido susurrante señala y reparte volantes educativos entre cuyas instrucciones se encuentran las figuras de las señales viales, cómo evitar accidentes y la contaminación sónica, contribuyendo así al orden y tranquilidad de los habitantes de la ciudad.

Ahora... Abby se había convertido en la Abeja Exploradora Vial.





### ... Antes del amanecer

—¡Hola Wilson! ¿adónde vas tan temprano? No es hora todavía de ir a la escuela —preguntó un hombre de edad indefinible, de una fuerte contextura que no hacía juego con su avejentado rostro.

El sol apenas comenzaba a sobresalir entre la densa neblina, y el frío era dueño absoluto de todo lo que encontraba a su paso.

—¡Buen día, señor Augusto! Hoy toca recoger fresas. La maestra sabe que martes y jueves yo no puedo asistir a clase. El hombre del camión no me espera —contestó un niño de unos diez años, tratando de imitar con su voz y su andar a un hombre adolescente.

—¡Que te rinda, hijo!

—¡Gracias, señor!

El niño prosiguió su claroscuro camino hasta llegar a una cerca de alambre donde se encontraba un recipiente plástico, y comenzó la faena saltando con un gesto infantil en medio de los surcos donde se alineaban pequeñas plantas de fresa.

A lo lejos se oía el sonido de otro balde, era el de la madre de Wilson que se había anticipado al sol.

Otro sonido de pequeños pasos descubría una carita de sueño de un niño de unos siete años.

—¡Apure tonto! ¡Que se hace tarde! ¡Agarre su balde!

—ordenó Wilson con voz de jefe de familia.

Su padre ya no estaba y alguien les había alquilado una casucha con ese pedazo de tierra para cultivarla, y a duras penas tenían el mínimo de condiciones para sobrevivir los tres: él, su madre y su hermano menor.

Sin reloj, afanosos, los tres aceleraron la recogida de la cosecha.

El sol fue cómplice de la recolecta, no llegó muy rápido ni calentó mucho.

La voz de su madre hizo que desdoblara su encorvada espalda, dando gracias de poder concluir aquella incómoda postura.

—¡Wilson, ve a la bodega por aceite y harina pan! ¡Que me lo anoten. Los espero en la casa para el almuerzo! —se oía la voz femenina alejándose, pero que el eco de la montaña alcanzaba a mantener.

Wilson soltó el balde plástico con alegría, derramándose su contenido frutal, y corrió por el empedrado camino dándose permiso para pasar de una idea a otra:

“Cuando sea grande voy a tener un tractor para no tener que arar con los bueyes. Será más fácil... Faltan pocos días para la Semana Santa, haremos las crucecitas para el vía crucis como el año pasado... ¡Ah! El trompo, tengo que buscarlo. Este año les ganaré a todos y tendré muchos dulces”.

Pasó saltando por un improvisado círculo de tablas que fungía de gallera para la comunidad.

Y siguió pensando:

“... El sábado habrá gallos. Vendrá mucha gente”.

Llegó a la bodega donde una mujer omitió el saludo y le recibió con una desagradable noticia.

—¿Ya sabes? —preguntó inquisidora la mujer.

La cara del niño no contestó. No hizo ningún gesto.

—Tendrán que irse de la casucha porque la van a derrumbar —prosiguió la mujer—. ¿Cómo va a hacer tu madre para pagarme lo que me debe?

—Deme lo que mi mamá pidió —contestó con su habitual seriedad de hombre anticipado.

Al llegar a la casucha no le comentó nada a su madre, pero por su expresión sabía que ella estaba enterada de los acontecimientos.

La tarde hizo presencia y la montaña desplegó la neblina, que es la cobija que ella utiliza para protegerse del frío.

La cosecha del día había sido buena, y con el dinero de la paga alcanzarían a cancelar las deudas y poder seguir sembrando.

Gracias a la tierra podían vivir, sembrar, y ella generosa seguía proporcionando sus frutos, que luego enviaban a la ciudad.

Las personas de la ciudad no conocían el difícil proceso de sembrar, recoger, limpiar el terreno para nuevamente comenzar el nuevo ciclo y obtener la cosecha de fresas, y si le caían parásitos, todo el trabajo se podía perder. Menos mal que en esta cosecha las babosas no le habían causado mucho daño a las plantitas, gracias a los fertilizantes, pero recordaba el dicho de los agricultores:

“Después de rociada la fruta, no la prueben”.

“Debe existir otra forma de cultivar sin tener que usar esos productos químicos” —pensaba, pues él se daba cuenta de que se morían los parásitos de las plantas, pero le hacían daño al agua de la laguna cercana, exterminando también a los animalitos como los sapitos que vivían dentro de ese ecosistema. Pero por ahora tenían que seguir la siembra de esa manera.

En la semioscuridad de su improvisado hogar, que era una casucha hecha de hojas de zinc, Wilson encontró, dentro de su pequeña caja de tesoros, su trompo de madera. Mientras lo acariciaba entre sus manos, pensaba en su próxima victoria en Semana Santa. De repente se dijo a sí mismo:

“Dios me va a ayudar. Haré la promesa de regalar todo lo que gane. No me comeré ni un solo dulce, con tal de que tengamos un sitio donde vivir”.

En ese momento, Wilson oyó la dulce voz de su madre que se acercaba a su humilde camita.

—El prefecto me dijo que los otros parceleros se van a unir para ayudarnos a construir una pequeña casita para nosotros, y que se la vayamos pagando poco a poco —dijo la mujer.

La cara de su madre era muy diferente a la que tenía al mediodía, ahora era de felicidad.

—¡Qué bueno, ma! —dijo abrazándola fuertemente.

“Seguiremos sembrando y gracias a la tierra podremos reunir el dinero para alcanzar nuestros sueños”, pensó Wilson.

El milagro se hizo presente antes de la Semana Santa.

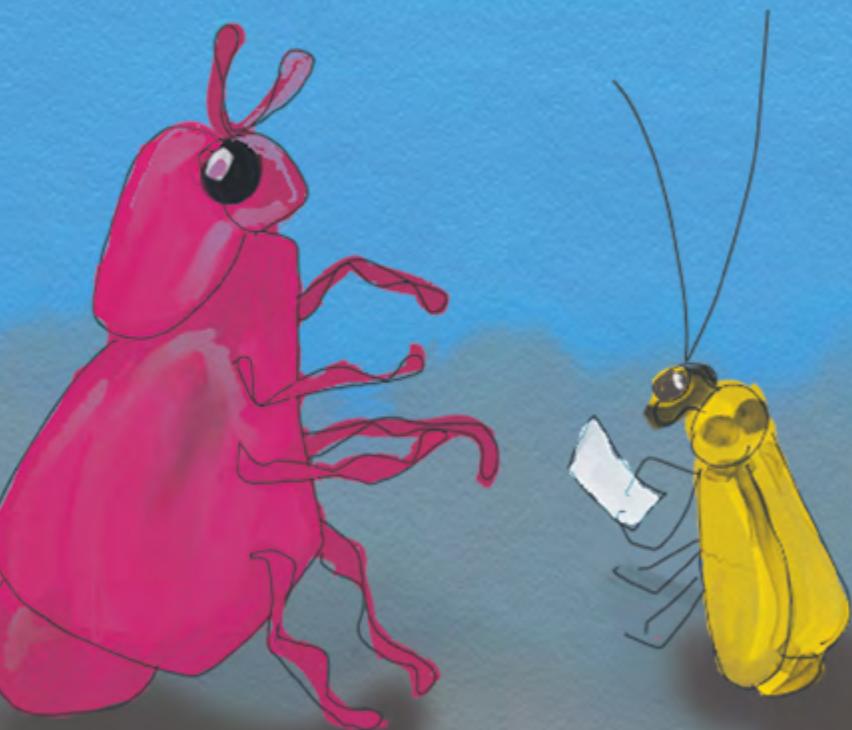
Dios le cumplió y por ello tenía comprometidos los dulces, mejor dicho la victoria en la competencia de trompo.

Pero mañana es día de escuela y

hay que despertarse...

antes del amanecer.





## Chiry

Allá, en la cocina de un apartamento donde la limpieza brillaba, pero por su ausencia, nació Chiry, de apellido Apesta.

A los pocos días, su madre decidió enviarla al taller de un anciano llamado Don Bichote para que se instruyera en el arte de la supervivencia para insectos rastreros.

Así fue, y el anciano comenzó diciéndole:

—Mira, pequeña, este es tu *Manual de vida*. Recuérdalo siempre porque es vital:

“BAÑATE TODOS LOS DÍAS.

NO COMAS POLVOS RAROS NI OLOROSOS.

NO PASES POR SITIOS ENGOMADOS.

NO TOMES AGUAS CONTAMINADAS.

Y POR ÚLTIMO:

ESCÓNDETE DEBAJO DE ALGO, SI SIENTES ALGUNA FUMIGACIÓN O *SPRAY* RARO EN EL AMBIENTE”.

—Todo esto es vital para tu vida —decía el anciano maestro—. Bueno, también comenzaremos con un fuerte entrenamiento en defensa personal para que puedas esquivar cualquier golpe proveniente de periódico, mano, pantufla, sueco o cualquier instrumento aplastante.

Chiry regresó a su *pantry house* un poco triste.

Su madre le preguntó:

—¡Hija!, ¿qué te ocurre? ¿Por qué esa cara?

—Mami, estoy triste porque vivimos todo el tiempo en un campo de batalla con los humanos. Ellos nos ven como enemigos. Dicen que les causamos enfermedades, pero son ellos los que no

limpian, nos dejan restos de alimento, amontonan cosas y cosas donde abunda el polvo, y eso es una tentación para vivir. De esa manera, nosotras siempre tenemos todo lo necesario para vivir sin esforzarnos. Más bien —prosiguió Chiry—, les ayudamos a desaparecer, aunque sea en cantidad pequeña, la basura que ellos mismos producen por toneladas y que no colocan en los sitios adecuados para ello, y luego nos quieren exterminar a toda costa, además...

En ese momento, Chiry percibió una sombra y... ¡ZASS! ¡UN PANTUFLAZO!, proveniente de la dueña del apartamento.

—¡Oh, no!, me voy acostaaar. Ya es de día —dijo Chiry bostezando y con voz cansada.

Pero cuando se dirigía a su cama, oyó algo que la paralizó. La señora ama de la casa se dirigía al teléfono replicando en voz alta:

—¡Ya no aguanto más!, estas chiripas ¡APESTAN! Voy a llamar al fumigador.

Saliendo de su congelamiento emocional, Chiry le dijo a su madre:

—Nos vamos pronto de aquí, mami. ¡YA ES YA!

—¿Para dónde, hija?

—Conozco un árbol viejo donde podremos vivir sin molestar y sin que nos molesten —contestó Chiry—. Vamos —decía recogiendo sus cositas y haciendo su maleta.

Así, Chiry junto con su mamá abandonaron la ciudad, residienciándose en el campo.

Comenzaron una vida de equilibrio y tranquilidad con los otros animalitos del bosque, cumpliendo con sus funciones naturales en ese ecosistema y sin la amenaza de una guerra química proveniente de un fatídico *spray* o de un brutal PANTUFLAZO.





## Franchesca, la gooota fresca

Allá, en el bosque, el viento movió el árbol, desprendiendo una gran hoja verde que llevaba encima una pequeña gota de agua producto del fresco rocío.

La hoja fue arrastrada hasta llegar a la superficie del río y nuestra amiga, la gota, navegó mucho rato en aquel improvisado velero. Al llegar a la orilla, se despidió dando las gracias a la volátil hoja por tan maravillosa aventura.

La pequeña Francesca, que así se llamaba la gotita amiga, se sentía muy sola, muy sola. Se recostó a descansar sobre una piedra, pero el sol comenzó a intensificar sus rayos proporcionando calor, calor y más calor. Así Francesca se convirtió en una cristalina burbuja de gas que se remontaba hacia el cielo cada vez más y más alto, continuando su camino con una hermosa danza en espirales. De repente, se sintió rodeada de neblina, estaba dentro de una hermosa nube blanca.

Ella seguía viajando dentro de la nube de algodón, cuando oyó un quejido que venía de abajo, del suelo. Era una gota de agua a punto de desaparecer por la fuerte sequía. En ese momento, escuchó que la nube blanca, que ahora se había tornado de color violeta, le dijo:

—Tu viaje finaliza aquí, amiga. Estoy saturada, tendré que descargarte en este lugar.

Franchesca descendió como una fresca gota de lluvia cayendo encima de la solitaria gotita que se encontraba en el suelo, convirtiéndose en un pequeño charco.

Las plantas han comenzado a renacer y en la profundidad de la tierra se oye un pequeño rugido: es un manantial a punto de emerger donde muchas gotitas van a salir a la superficie...

*Franchesca ya no está sola.*





## El sapo bailarín

Una vez, allá en la charca, una mamá sapo tuvo un pequeño sapito llamado Rodolfo, el cual, desde que nació, se la pasaba dando brincos de hoja en hoja, de piedra en piedra, porque su sueño era llegar a ser un famoso bailarín de *ballet*.

Su madre le quería muchísimo y, aunque no estaba muy de acuerdo con la idea de su hijo, le había tejido unas hermosas medias caladas para simular su traje de *balletista*.

El sapito se acicalaba por la mañana y se disponía a practicar todo el día sus saltos, que él juraba eran los más armoniosos y elegantes para sus grotescas coreografías.

Su madre le decía con dulzura, para no herir su susceptibilidad artística:

—Hijo, eso no es lo tuyo. Los sapos no nacimos para eso. Mírate, no eres muy esbelto —proseguía la preocupada mamá sapo.

Su madre tenía razón, porque a medida que Rodolfo crecía, su pancita también lo hacía y por eso se le dificultaba, cada vez más, dar sus vueltas y piruetas de bailarín. Pero él seguía y seguía soñando y practicando.

Los lirios del estanque cuchicheaban entre ellas:

—¿Has visto, Juliana? Ese sapo está cada día más loco.

Un día, la lluvia había rebozado la charca y el agua formaba pequeños remolinos como espirales sin fin. Pero a nuestro amigo eso no le importaba, saltaba de piedra en piedra, cuando *¡TRAS!*...

La piedra donde Rodolfo apoyó su pie derecho se movió y al no poder soportar el peso de la pancita del sapo artista, *ichupulún, al agua!*, al fondo de la charca.

Pero lo terrible ocurrió cuando una de las medias del trastocado bailarín se enredó con una lata de aluminio arrojada al riachuelo.

—¡Oh, Dios! —decía Rodolfo angustiado, sacando su verrugosa cabecita y croaba—: ¡GROF! ¡GROF!

Cerca de allí, una trasnochada lechuza, que se encontraba dormitando en una rama, oyó los angustiados quejidos y dijo:

—Pero ¿qué le ocurre a esa hermosa voz de barítono? ¿Dónde se encuentra?

La lechuza aguzó su oído y se dirigió a la gran charca encontrando a Rodolfo ya exhausto de tanto luchar por su vida.

De inmediato, la lechuza, con sus garras, sujetó al sapito por sus deshilachadas medias elevándolo por el aire.

—¿Amigo, qué te ha pasado? —interrogaba la lechuza mientras volaba.

—Estaba practicando mis pasos de *ballet*, cuando... ¡Ay!, creo que me he roto una piernita, ¡ya no podré llegar a ser un famoso bailarín! —dijo el adolorido artista del paso trastocado.

La lechuza lo depositó con suavidad en el piso y le dijo:

—No te preocupes, amigo, vas a curarte. ¡Ah!, tengo una gran idea. El mes que viene se va a celebrar un festival de voces en la ciudad. Creo que tienes una gran oportunidad de estar entre los ganadores por esa bella voz que te oí. Pero primero vamos a llevarte al hospital —decía la lechuza muy animada.

Los días transcurrían y Rodolfo se recuperaba rápidamente, manteniendo su disciplina como antes lo hacía con el *ballet*. Ensayaba y ensayaba diariamente, cantando y siguiendo las instrucciones bajo la rigurosa batuta de su amiga la lechuza.

Así llegó el gran esperado momento.

El sapito Rodolfo, con su patita enyesada, hizo las delicias del público con su hermosa y varonil voz, llevándose el primer premio del concurso artístico.

Ahora, la charca es un sitio turístico muy famoso por sus hermosos paisajes y porque sus habitantes han fundado una agrupación ecológica para educar y evitar la contaminación de las aguas. Además, los turistas visitan el lugar para conocer el famoso sapito cantante que deleita a todos con su hermosa voz.





## **Galo, el gallo**

Era un hermoso animal de cresta anaranjada y que además era el reloj viviente de todos los seres que convivían en una pequeña finca llamada Alborada. Su garganta sonora anunciaba puntualmente el inicio de las faenas diarias a las cinco de la mañana.

Todos los pájaros se deleitaban con su galante trompeta matutina, especialmente las gallinas.

Las emplumadas pica tierra suspiraban profundamente con solo pensar en la arrogante figura de Galo.

También las vacas se despertaban risueñas para comenzar a ofrecer su generosa leche en la faena del ordeño.

De igual manera, el canto crepuscular de Galo era una orden para el cese de actividades a las seis de la tarde y así el sol comenzaba su retiro para darle escenario a doña luna con sus acompañantes, las estrellas.

Los días pasaban con simétrica rigurosidad en los acontecimientos, hasta que un día Galo, paseando tranquilamente con una hermosa gallina jabada, con quien sostenía una interesante conversación, oyó la voz del señor Ismael, el dueño de la hacienda, que hablaba con uno de sus hijos y le decía:

—Ya me siento viejo, cansado del trajinar de esta finca por tantos años. He conseguido un comprador para estas tierras, y si logro la venta, he visto una casa cerca de la ciudad donde podríamos vivir y tener nuestro gallinero; junto a una pequeña huerta.

El gallo se sintió muy aliviado al darse de cuenta de que estaba considerado dentro del inventario de la mudanza, y así ocurrió que Galo y su corte de damas gallináceas comenzaron su nueva vida en la casa cerca de la ciudad.

Transcurrieron meses, y Galo cumplía a cabalidad sus toques marciales. Pero, poco a poco, Galo comenzó a sentirse muy, muy desorientado.

Galo se despertaba en la noche y no sabía qué hora era. Miraba las estrellas y pensaba:

“Es muy temprano, dormiré un poco más”.

Pero entonces se quedaba dormido y se levantaba muy tarde cuando el sol estaba muy calentito.

A su vez, al oscurecer, estaba rendido del trajinar y se le olvidaba, a las seis de la tarde, cantar para el cese del trabajo como lo había realizado puntualmente durante tantos años. No podía observar bien las estrellas porque las grandes luces de la ciudad vecina lo mantenían completamente deslumbrado.

Las ojeras eran la evidencia de los trasnochos de Galo para mantener su canto matinal. Para colmo, su voz se iba debilitando poco a poco, y las emplumadas damiselas susurraban:

—Su voz de tenor, agradable, ya no es la misma, ¿no te parece, Cricel?

—Sí, Beatriz, tienes razón.

—Su plumaje está descolorido —decía una coqueta gallina blanca.

Estos trastornos de Galo y sus consortes, las gallinas, trajeron como consecuencia un grave descenso en la producción de huevos, lo cual hizo que don Ismael pronunciara un comentario que fortuitamente llegó a los oídos del maltrecho Galo:

—Voy a tener que tomar una drástica decisión. Este gallo ya no cumple con sus deberes. Mañana comenzaré a buscar un nuevo gallo que me mantenga el gallinero, y luego haremos de Galo un sancocho para el fin de semana.

Al oír esto, Galo sintió que la tierra se abría a sus pies. Dando vueltas en círculo y muy preocupado, pensaba qué hacer para

cumplir con su horario de canto y mantener alta la producción de huevos. Si no arreglaba la situación, el destino que le esperaba era negro, muy negro. El tiempo se le agotaba, debía apurarse en encontrar una solución lo antes posible.

Esa noche, Galo no podía dormir, un búho se le acercó revoloteando:

—¿Cuál es tu problema, amigo? Me llamo Basilio, ¿en qué puedo ayudarte?

—¡Ay, nocturnal amigo! —contestó Galo muy triste—. No sé qué me está pasando. Yo era un gallo hermoso que cantaba todas las mañanas y tardes sin problemas allá en el campo, lejos de la ciudad. Ahora que vivo aquí, en la ciudad, me siento desubicado, desorientado. No sé cuándo sale o se va el sol, y estoy cada día más agotado.

Si no resuelvo mi problema, mañana mi amo, el señor Ismael, buscará otro gallo para que me sustituya en mis labores cantoras y domésticas del gallinero, y lo peor: ¡me convertirá en un succulento sancocho! ¿Te imaginas, Basilio?

—Tranquilo, tranquilo, amigo. Analicemos el caso. Lo que ocurre —decía mientras se acomodaba sus enormes lentes— es lo siguiente: en tu cabeza existe una pequeña brújula magnética que gira y te señala automáticamente la salida y ocultamiento del sol. Pero la tecnología de los humanos, con las torres eléctricas, las ondas de los celulares han afectado tu natural orientación, y hace que no sepas a qué hora emitir tu canto.

—Pero ¿cómo resolver eso? Don Ismael no se va a regresar al campo —contestó Galo muy preocupado.

—Amigo, yo, Basilio el búho, soy muy inteligente y estudioso. ¡Hmmm!... ¡Ya tengo resuelto tu problema! Necesito algo de dinero y mañana regreso —dijo el búho.

—Está bien, amigo, haré lo que me digas. Te estaré agradecido de por vida si tú me solucionas este problema. Mejor dicho, si me salvas la vida.



Antes del amanecer, el búho Basilio regresó con la solución.

Ahora Galo, el gallo, está feliz y la pequeña granja volvió a la normalidad en cuanto a la producción de huevos. Además, la elegancia habitual de Galo se ve ahora realzada por el hermoso reloj con alarma electrónica, lo último en tecnología digital, que luce en su ala izquierda y que le permite cumplir con puntualidad su canto matinal y crepuscular.





## Y Pascualina se comió el Arco Iris

Había una vez una oruga verde, cuya abultada barriguita subía y bajaba al compás de su respiración. Ella dormitaba en los tallos de una planta de geranio, cuyas hojitas parecían un colador por presentar innumerables agujeritos producto de la taladradora durmiente...

Entreabrió sus soñolientos ojos y, entre bostezo y bostezo, dijo:

—Ya no tengo nada que comer aquí. Me iré a otro lugar.

Dicho y hecho, abandonó la maceta de la ventana donde descansaba, y comenzó a moverse pesadamente, dirigiéndose a lo más profundo del bosque.

La noche extendió su manto acompañada de una tormentosa lluvia, con fuertes truenos y relámpagos, y Pascualina —que así se llamaba la oruga verde—, tiritando de frío, se refugió entre dos inmensas hojas verdes, quedándose profundamente dormida.

Las primeras luces del día comenzaron a filtrarse en medio del follaje del bosque, proporcionando una agradable temperatura. De repente, un caluroso rayo de sol se topó con algunas rezagadas gotitas de lluvia, tornándose en un luminoso Arco Iris, lo cual hizo que Pascualina despertara de su profundo sueño.

—¿De dónde vienes y adónde vas, amigo? —preguntó Pascualina curiosa.

—Mi origen y destino es invisible.

—¿Qué haces? —prosiguió la curiosa oruga.

—Yo expando mi colorido por el cielo, alejo las nubes oscuras, impidiendo que se formen las tormentas; regalo el color a las flores, a los crayones, a los caramelos. Sin mí, el mundo no tendría color. Soy un vitral de caminos y espejo de luces. Mi inesperada aparición produce muchas sonrisas —contestó el majestuoso Arco Iris en su amena conversación.

—Para mí, tú me pareces un copo de helado de varios sabores, de esos de barquilla donde escondes tu verdadera parte redonda, debajo del cono de la galleta tostada —decía Pascualina, relamiendo sus labios mientras hablaba—. Tienes la mitad de la cara escondida como la luna —decía, en tanto se reía de la apariencia del luminoso prisma.

—Y tú, ¿qué haces por aquí, amiga verde? —interpeló el bello Arco Iris.

La pregunta tomó de sorpresa a la oruga Pascualina que alcanzó a balbucear:

—Bueno... yo... —murmuraba tratando de buscar una excusa a su aburrida y solitaria vida, que se reducía a estar engullendo vorazmente todo el verde vegetal que encontraba a su paso. Pese a ello, deseaba de corazón cambiar ese destino—. Sooy... perforadora. Sí, eso, perforadora.

—¿Para qué sirve lo que haces? —interrogó pensativo el luminoso Arco Iris.

La pregunta se perdió en el aire porque una sombra sinistra oscureció el claro espacio del bosque al aproximarse, en vuelo rasante, tres pajarracos negros cuyos afilados picos estaban siendo dirigidos hacia la apetitosa oruga verde.

El Arco Iris intensificó su luz para enceguecer a los pajarracos que perdieron la dirección al descontrolar su vuelo, y así se alejaron del lugar.

Pascualina quedó deslumbrada con los múltiples colores del Arco Iris, imaginando un apetitoso helado de deliciosos sabores... Y ¡¡¡CRAC!!!

De inmediato, mordió y se comió un pedazo del Arco Iris.

En ese momento, Pascualina vio la transformación de las hojas verdes, que la cobijaban, en dos alas con los mismos colores que su amigo el Arco Iris, convirtiéndose ella en una deslumbrante mariposa que comenzó a volar, volar, volar, muy, muy alto, tornando su vida, de ahora en adelante, en un placentero viaje al desplegar a su paso amistad, alegría y cálidas sonrisas.





## La Tierra está enferma

Una noche, la Tierra —como siempre— se encontraba volando en el espacio, paseando en medio de las miles de estrellas. Pero al aproximarse a su vecina y más cercana amiga, la Luna, esta se sorprendió al verla y le dijo:

—¡Ay, amiga Tierra! ¿Qué te pasa? Te veo muy desmejorada. Tú que siempre tienes ese hermoso color azul, te ves grisácea, descolorida.

El planeta azul llevaba atado a su cabeza un gran pañuelo de corazoncitos rojos, el cual se mojaba y mojaba al derretirse el agua de la bolsa de hielo situada en el Polo Norte, y su cintura, el Ecuador, sudaba, sudaba.

En su boca tenía un gran termómetro cuyo indicador de color rojo subía y subía, señalando la fiebre de nuestra amiga, la Tierra.

La selva amazónica, de un hermoso color verde que refrescaba su pecho, se estaba extinguiendo por la tala indiscriminada de árboles, perdiendo su vibrante colorido y desapareciendo con ella los animales y plantas que mantienen allí su hogar.

Su piel se veía reseca, agrietada. Cada vez se convertía en un gran desierto. El calor se intensificaba y se hacía más insoportable.

—¡ACHUÚS! —estornudaba la Tierra—. ¡Ay, Lunita!, me siento muy mal. Los terrícolas no me quieren. Cada día me estoy enfermando más por el comportamiento de los humanos.

—Yo soy como una madre para ellos. Fíjate, Lunita —decía la Tierra tomando una pausa para continuar—, les doy de comer y beber. En mí encuentran toda su subsistencia.

Como nave espacial que soy, les proporciono a cada instante un *tour*, que consiste en grandes paseos por el universo infinito.

Las noches estrelladas son un espectáculo verídico, no virtual como los que ellos inventan con sus máquinas.

Además se creen dueños y señores del planeta y no se percatan del daño que hacen, no solo a mí sino a ellos y a los demás vecinos de la galaxia y del universo, cuando me destruyen a cada instante.

¡Ay, Luna! ¡ACHUÚ!... —estornudaba la Tierra—. El esmog me ahoga. Cada día mi salud empeora y no sé cómo remediar esta situación.

—Bueno —decía pensativa la Luna—, tengo un gran amigo llamado Mercury. Él es un planeta muy sabio, ¡ah! y muy interesante. Quizás él te podría ayudar —le respondió la romántica Luna.

Se despidieron como buenas amigas y vecinas que han sido siempre, y la Tierra cambió las coordenadas de su vuelo para dirigirse hacia la casa del gran Mercury, efectuando un gran giro por lo cual los terrícolas se sintieron muy mareados, pero como ellos no saben todavía que viven dentro de una nave espacial, pensaron que el malestar era producto de alguna indigestión o de una que otra bebida espirituosa.

La Tierra aceleró su paso y se acercó a la órbita de Mercury, planeta sabio y estudioso del universo.

—Hola, ¿a quién tenemos aquí? ¿Quién me visita? ¡Ah!, es la hermosa y celeste Tierra. Estás un poco lejos de tu órbita solar. Pero ¿cómo? Te veo pálida y ojerosa —le dijo el científico e inteligente Mercury, quien se encontraba en su laboratorio, entre libros e inmerso en sus experimentos.

—Versátil amigo —saludó la Tierra—, vengo a pedir tu ayuda porque me siento muy mal, quiero saber si tú me puedes dar alguna medicina para recuperar mi salud y además solucionar el gran problema que me están ocasionando mis inquilinos, los humanos. Mira, te explicaré qué siento —decía la Tierra mientras desaceleraba su vuelo intergaláctico—. Me duele terriblemente la

cabeza. Siento mucha fiebre y de repente me dan fuerte dolores en mi barriguita. Y, por ello, los terrícolas deben estar asustados, porque cuando me vienen los sacudones estomacales, ellos los llaman terremotos y cuando estornudo, ellos lo llaman ventiscas. Mi estado febril está ocasionando que los polos se deshíelen, ocurriendo por ello grandes inundaciones a lo largo y ancho de todo mi cuerpo. ¡Ah!, mi piel ha perdido su tersura. Ahora es áspera y seca. Todo es un desierto. Como trabajo en conjunto con mi vecina la Luna, ella también se descontrola, y el suave vaivén del mar, que a ella le corresponde atender, de repente se ve convertido en tumultuosos maremotos que ocasionan ahogos en mi garganta. ¡Ah!, también el humo de las máquinas me ahoga —se quejaba la Tierra.

—Tierrita, tu caso es grave —sentenció Mercury, preocupado y pasando su mano por su despeinada cabellera—. Vamos por partes —prosiguió—. Vamos a tener que limpiar tu cuerpo de toda esa basura, de los cachivaches que te arrojan los humanos y que son los causantes directos de tus revolcones estomacales —decía el amigo sabio—. Tu sangre, que es el agua, está contaminada por chatarra, basura, desechos nucleares, industriales y caseros, entre ellos, principalmente, el plástico que obstruye tus venas y arterias. Para ello, te daré un purgante. Eso te destapará —diagnosticaba el galeno Mercury—. Aun cuando tendremos que solicitar permiso a la Comisión Intergaláctica para descargar los desperdicios en el espacio sideral... El efecto invernadero te acrecienta la temperatura y el dolor de cabeza. Te indicaré algo que te alivie, mientras buscamos la solución definitiva. También te colocarás una crema para suavizar tu maltrecha piel. Pero además te veo muy agotada. Necesitas unas vacaciones de inmediato para reponer tus fuerzas.

—¡Cómo, Mercury! ¡Eso es imposible! La Luna y el Sol pueden veranear, irse de vacaciones, pero yo no —exclamaba inquieta la Tierra—. ¿Qué hago con mis inquilinos, los terrícolas? No saben vivir en otro lado. ¿Dónde los dejaría? Yo velo por ellos día y noche, no tienen adónde ir. Tengo que controlar mi órbita

para que el Sol no los chamusque. Mantener la distancia con la Lunita porque si no los líquidos internos de sus cuerpos —las mareas— se descontrolan. De la convivencia mía con los astros y demás planetas depende la vida de los humanos.

—Cierta amiga, gran tarea la que tú realizas. Habrá que buscar otra solución —contestó el sabio—. Pero tu situación es grave. Si sigues así, en tu próximo cumpleaños estarás tan agotada, por causa de la ignorancia de los terrícolas, que te irás extinguiendo junto con ellos. Bueno, no si antes te hacen volar con una de esas bombitas mortíferas que se la pasan inventando. ¿Te acuerdas del gran susto del año 1945 y los petardos que probaron sobre tu piel? —decía Mercury.

—¡Uy! No me acuerdes de eso —contestó la Tierra horrorizada.

—Esos humanos son ignorantes e insensibles —prosiguió Mercury—. Tengo que pensar qué hacer para solucionar tu problema que repercute en todo el universo, porque hasta a mí me están llegando esos carritos espaciales que botan al espacio —prosiguió el científico—. ¡Ya lo tengo! —exclamó Mercury, brincando de alegría—. **¡La solución está en hablar con los niños de la Tierra!** Eso es —repetía con alegría Mercury—. Ellos son los responsables de tu salud en años venideros, porque los adultos hasta ahora han hecho poco por ti. Sí, los niños conocen y comprenden tu importante labor. Si toman conciencia de que de tu salud depende también el futuro y la vida de sus familias, comenzarán a ayudarte y así podremos vivir en armonía de acuerdo a las leyes que rigen el universo, y no existirá este desequilibrio que nos está llevando a la destrucción planetaria. Ellos, al comprender las causas de tu enfermedad y su responsabilidad como inquilinos de tu piel, lograrán alcanzar la conciencia comunitaria. Pronto conseguirás tu curación con la colaboración de los niños —prosiguió Mercury—. Escribamos una carta a cada niño en las escuelas.

—Buena idea, amigo —asintió la Tierra—. Pero ayúdame a escribirla, porque, ¡ay!, me siento muy mal —se quejaba la Tierra.

—Vamos a mi computador y por Internet la haremos llegar a todos nuestros amiguitos —respondió Mercury poniendo en acción su plan.

La Tierra y Mercury compartían opiniones, mientras redactaban la **Carta Ecológica Infantil** con el propósito de lograr la rápida recuperación de la salud terrenal.

Trascurrida aproximadamente una hora...

—Bueno, aquí está —dijo Mercury—. Quedó chévere, como dicen tus inquilinos. Te la leeré porque te veo muy débil:

*Querido amiguito, te saluda la Tierra:*

*Yo soy una nave espacial, y tú y yo viajamos juntos todo el tiempo a través del espacio, con nuestros vecinos más cercanos que son el Sol, la Luna y las estrellas. Por eso, el paisaje que ves todas las mañanas y las noches es muy real, no es virtual. Cuando duermes, yo cuido de ti.*

*Sobre mi piel viven las plantas, el Reino Vegetal, quienes te proporcionan alimento, medicina, belleza, perfumes y más. Los árboles que son los purificadores de tu respiración dependen de mí, por ello debes evitar su tala indiscriminada. Yo casi no puedo respirar por las toneladas de concreto que han depositado sobre mi cuerpo.*

*El Reino Mineral, el aire que respiras y el agua, que son indispensables para tu vida, te los proporciono yo.*

*Los animales y su reino, al igual que tú, fabrican sus nidos encontrando cobijo sobre mi piel. Soy tu casa, tu hogar.*

*No puedes viajar o vivir fuera de mi territorio, si no te colocas un traje que simule las condiciones para poder vivir que yo te ofrezco a cada instante.*

*Pero todo eso está en grave peligro. Yo me encuentro muy enferma.*

*Existen leyes que rigen el universo y que no se están cumpliendo como es la Ley de la Armonía o Equilibrio. El ser humano ha pretendido ser más fuerte que las leyes universales, ignorarlas y no cumplirlas han traído como consecuencia mi enfermedad y la de muchos seres que me habitan. Todo esto está causando la destrucción de las condiciones de vida de tu hogar, que soy yo... la Tierra.*

*El hombre ha olvidado que yo, el planeta Tierra, los árboles, animales, las flores, los ríos, las quebradas, todos los reinos: animal, vegetal, mineral y humano somos hermanos.*

*Todo es de todos. El aire que respiramos es el mismo para todos. Debemos respetarnos y vivir teniendo un pensamiento de comunidad y no realizar acciones que vayan en perjuicio de los demás.*

*Si no restablezco mi salud, no podré servirte de hogar, y tú no tendrás techo para protegerte del calor del amigo Sol, no tendrás alimento para subsistir, el águila no podrá volar por el aire contaminado, no tendrás los hermosos colores de las flores y el Arco Iris. Tendrás sed... y no encontrarás agua.*

*Para que esto no ocurra, puedes ayudarme de la siguiente manera:*

*En la mañana al despertar...*

*¡Salúdame!*

*Acuérdate de mí. Soy el piloto de tu nave y hogar espacial.*

*¡Conóceme!*

*Habla con tus padres y maestros sobre quién soy.*

*¡Cuidame!*

*Únete a tus amiguitos y amiguitas en campañas de ayuda y protección ecológica para mi preservación. De ti depende que me sane.*

*Por último, quiero pedirte que me ames.*

*Yo te quiero mucho...*

*tu amiga, la Tierra*

[www.soslatierra.com](http://www.soslatierra.com)



## ÍNDICE

Astro Sol	<b>9</b>
Abby, la abeja exploradora	<b>13</b>
... Antes del amanecer	<b>19</b>
Chiry	<b>25</b>
Franchesca, la gooota fresca	<b>29</b>
El sapo bailarín	<b>33</b>
Galo, el gallo,	<b>37</b>
Y Pascualina se comió el Arco Iris	<b>43</b>
La Tierra está enferma	<b>47</b>

Edición digital  
junio de 2016  
Caracas - Venezuela.

Omayra Bolívar

## Y Pascualina se comió el Arco Iris

A través de estas páginas se ofrece a los jóvenes lectores historias de criaturas como sapos, abejas, gallos, entre otros, que demuestran que la nobleza, la lealtad, la solidaridad y la inteligencia no son cualidades exclusivamente humanas. Estas narraciones nos presentan anécdotas entretenidas mostrando un mundo desde nuestra perspectiva humana imperceptible, y también son una invitación a reflexionar acerca de nuestra tarea como habitantes de este mundo.

La temática relacionada con el conocimiento y conservación del medio ambiente ha sido la base fundamental de la expresión del pensamiento de Omayra Bolívar Díaz. Creativa y polifacética, nace en Valle de La Pascua en 1950 y hasta hoy ha recibido una formación que integra diversas disciplinas, abarcando en el trayecto, docencia, salud, música, psicología, medios radiales y deporte. Graduada en Farmacia Comunitaria, Toxicología, desde el año 1993, comienza a proyectarse con sus publicaciones de cuentos, novelas, poesía, colaborando en diarios, revistas, talleres, conferencias; desarrollando su obra en medios electrónicos e impresos donde destacan *Flores medicinales del Táchira*, *El pececito vanidoso*, *Poemitas*, *El solar de los tamarindos* y *As de picas*.

David Dávila (Táriba, Venezuela, 1976)

Ilustrador, fotógrafo, músico y poeta.

Miembro fundador de la editorial tachirense

Nadie Nos Edita Editores,

baterista de la banda de rock político Los Residuos,  
a partir de 2008 forma parte del equipo de la Fundación Editorial  
El Perro y la Rana.



MISIÓN  
CULTURA  
CORAZÓN ADENTRO



9 789801 434665